

¡Viva la libertad! ¡Viva la igualdad!

Este fué el grito unánime que se oyó aquellos días resonar por todos los ámbitos del edificio.

Un contagio extraño y fulminante atacó a todos sus componentes.

¿Para qué tengo que soportar el enorme peso de los bloques de piedra?—exclamó el ladrillo.—¿Para qué tenemos que confundirnos intimamente nosotros, y servir de lazo de unión de los demás?—dijeron a su vez la cal y la arena.—¿Para qué tenemos que sostener los pisos, aguantar las tejas, cerrar las habitaciones y los otros mil menesteres que nos asignan?—musitó la madera; y por este estilo expusieron sus ideas todos los representantes y delegados de los diversos materiales que componían el edificio, en cierta reunión clandestina que celebraron en los sótanos del suntuoso palacio de la civilización moderna.

No faltaron voces prudentes que advirtieron los peligros a que estaban expuestos, de seguir imperando tales doctrinas, los males inmensos que sobrevendrían a todos los componentes, ya que la madera podía ser destinada al fuego; el hierro, convertirse en el polvo de su origen, y los demás materiales, perder sus formas artísticas para reducirse a escombros inservibles. El que tal dijo no fué atendido, y tachado de retrógrado y oscurantista, faltó poco para que le expulsaran del local.

En sesiones sucesivas, y tras algunas borrascosas, se llegó por fin a votar una proposición, formulada en los siguientes términos:

«Los componentes de este edificio declaran: Que en vista de los progresos que han realizado los hombres, y queriéndoles imitar recaban para sí la facultad de desgajarse por completo de los férreos vínculos que en mengua de su dignidad, les unen, para formar un todo armónico, pudiendo cada uno volver al estado primitivo y siendo libre para aso-

ciarse con quien tenga por conveniente.»

—Pido la palabra—gritó la arena.—En virtud del derecho intangible de igualdad, propongo que todos sean convertidos en polvo.

—Eso no puede ser—gritaron otros.—equivale a la anulación de nuestro ser—objetaron algunos;—pero como allí se había implantado el sufragio universal, insistió la arena; dindiendo: «¡A votar! ¡A votar!»

Por gran mayoría de votos quedó acordada la liberación de todos, y el que se redujesen al libre y primitivo estado de polvo todos los componentes de la casa.

Al día siguiente se desmoronaba el palacio, entre el asombro y estupefacción de todos sus moradores. Un inmenso montón de ruinas señalaba el lugar de su emplazamiento.

Entonces se dieron cuenta de la catástrofe que habían provocado con sus predicaciones, pues no era posible la reconstitución del albergue destruido, ya que la cohesión perdida no era fácil recuperarla siendo inútiles todos los esfuerzos para levantar los muros de nueva edificación, porque todos los elementos dispersos y pulverulentos contestaban invariablemente. En uso de nuestra libertad nos hemos disuelto, y en virtud de la ley de las mayorías hemos acordado convertirnos en polvo. Dos reglas que nos ha enseñado el hombre, y a las cuales nos hemos sometido también los materiales de nuestro único lema es «¡Viva la libertad! ¡Viva la igualdad!»

Algo de lo transcrito va a suceder al mundo. ¡Abajo las organizaciones! han gritado; ¡viva la igualdad! han dicho las naciones; ¡no queremos jerarquías! han rugido la multitud, y a la postre se encuentran los Estados convertidos en polvo impalpable e ingobernable, y reducidos a átomos dispersos y contradictorios,

incapaces de edificar nada; porque edificio quiere decir orden, jerarquía, sumisión, relaciones mutuas, elementos directivos y todo lo demás necesario para llevar a cabo una obra, que nunca fué capricho del acaso ni de la multitud desorganizada, sino que responde siempre a las orientaciones de una dirección y a las pequeñas abdicaciones del egoísmo, en pro del interés general.

No está lejano el día en que los mismos impulsores, del desorden, lloraran arrepentidos su obra suicida, entre los gritos estentóreos de la multitud, que los arrollará, a los eternos gritos de ¡Viva la libertad! ¡Viva la igualdad!

AL DULCISIMO NOMBRE y Corazón de Jesús

Dulce, más que el panal de miel a los labios, es tu Nombre al corazón, ¡oh mi buen Jesús! y no hay en la tierra placer ni felicidad ninguna que pueda igualar a la dicha que Tú ofreces a las almas, franqueándoles la puerta que el amor, más que el hierro de la lanza, abrió en tu costado sacratísimo, y dejándolas penetrar hasta el tabernáculo misterioso de tu pecho, y formar allí en lo más recóndito de tu seno, nido suavísimo de amores.

Aquí (le dices al alma que te es fiel, enseñándole la herida que abre tu Corazón), aquí has de entrar si quieres poseer tesoros que valen más que la tierra toda.

EPIFANÍA

«Et nunc reges
intelligite»

Duerme Salen. Herodes en su lecho de púrpura adornado, se agita con furor, y en su despecho vengarse de Jesús ha decretado. El vil, esclavo del poder de Roma, le busca fiero con tenaz empeño; venganza inicua por su mano toma que no le deja conciliar el sueño. Firmó el edicto ya. Ya los soldados a aquellas horas le andarán buscando por montes y collados, los rigores mas fieros extremando,

No pue te descansar, cierra sus ojos, por no mirar el cetro y la corona que se le antojan míseros despojos del poder que a su faz se desmorona,

Tres reyes sabios del remoto Oriente a Belén de Judá llegan en tanto, a prosternarse con amor ferviente ante el Rey inmortal tres veces Santo No los acosa la ambición maldita ni el reinado de Jesús les causa encono, porque saben que es Dios que pone y quita

a voluntad los Reyes en el trono. Le adoran con respeto y con decoro proclamándole Rey del Universo, y a sus pies depositan mirra y oro con presente además de rito incienso. su majestad inmensa, dándoles amorosa aquí en el mundo autoridad más grande en recompensa, y en el cielo un reinado más fecundo.

¡Oh reyes de este siglo poderosos...! marchad por el camino del oriente, huyendo recelosos del que Herodes siguió y su impia gente.

porque El manda en los reyes. castiga de los grandes los enojos a humildes y soberbios dicta leyes, y del cetro dispone a sus antojos ..

A. ALPANEQUE Y BLANCO.

Un hecho incalificable

Voy a descubrir al lector un hecho absurdo, que va contra las leyes del progreso, que significa un salto atrás en el camino de las libertades humanas, que repudiará la civilización de este civilizado siglo XX y que la ciencia no puede admitir sin levantar un grito de airada protesta y de justa condenación.

Pero en suma ¿qué es ello? Asómbrense mis oídos y pacientes lectores: en la ciudad de X ha muerto un hombre desprendido dejando la tentaría de un millón de pesetas... a unas monjas de esas que llaman Hermanitas de los Pobres para que con él funden un convento y socorran con lo que produzca al desvalido, al anciano, a todo aquél que sufra moral o materialmente.

¿No es esto reaccionario? ¿no es atávico? Porque esas monjas se contentarán con que lo que ellas tengan sea de todos: su puerta estará abierta a toda desgracia y a toda miseria, el millón en sus manos producirá un tanto por